

## ALGO MÁS SOBRE MACHADO Y BAEZA (A PROPÓSITO DE UN LIBRO DE ANTONIO CHICHARRO)

Por *Dámaso Chicharro*  
Facultad de Humanidades de Jaén

QUE la etapa baezana de Antonio Machado (1912-1919) era, tal vez, la más fecunda de su vida es algo que ya sabíamos desde antiguo. Que en ella surgieron sus reflexiones luego recogidas en *Los Complementarios*, sus poemas de *Nuevas Canciones*, *Páginas Escogidas* e incluso bastantes textos después recopilados en la primera edición de sus *Poesías Completas*, es también conocido. Que Machado no comulgó anímicamente con la ciudad en un principio y fue pasando —como dejó escrito hace muchos años— «del rechazo a la conversión» es también evidente.

Por todo ello, y mucho más, esta etapa baezana ha merecido desde los años cincuenta, y más en los últimos tiempos, el detenimiento crítico de la mayor parte de los estudiosos; hasta el punto de ser objeto de una publicación autónoma hace algún tiempo, un valioso libro de A. Chicharro, que vio la luz en 1983, en la colección «Aula Antonio Machado» de la Universidad baezana, con el título de *Antonio Machado y Baeza a través de la crítica*.

Lo que ahora venimos a resaltar es la reedición, corregida y muy aumentada, de este libro (diciembre de 1992), editada e impresa bajo los auspicios del Servicio de Publicaciones de la Universidad de Granada. Y nos alegra, allende el vínculo personal, porque de una vez por todas ha quedado reco-

gido en un espléndido volumen de 350 páginas todo el amplio acervo crítico sobre Machado y la ciudad coprovinciana, que abarca desde textos mínimos, de apenas un par de páginas, desperdigados y ocultos por periódicos, revistas y hojas volanderas, hasta otros de mayores pretensiones, de 30 ó 40 páginas, que enfocan con cierta profundidad lo que Baeza dejó en Machado.

Aquí está el trabajito de Rafael Láinez Alcalá («Del nido real de gavi-lanes: el maestro de poetas don Antonio Machado»); aquí se reproduce con mimo el estudio de Jesús Pabón de Urbina («Machado y Baeza, 1926»); aquí se recogen los de Juan Pasquau, de 1959 y 1965, o las espléndidas evocaciones de los años sesenta de Aurora de Arborno, fallecida recientemente y tan ligada a la Universidad del poeta («El paisaje andaluz en la poesía de Antonio Machado»); o las conocidas y citadas evocaciones de Manuel Orozco Díaz o Antonio de Obregón en aquellos olvidados y por paradoja tan presentes años.

Particular mención merece en el libro todo lo relacionado con el frustrado homenaje a Machado de 1966, el de aquella fría mañana de febrero en que sólo los nacidos o residentes en la ciudad tuvimos la suerte de entrar en ella sin problemas. El resto de visitantes —que fueron muchos— hubo de valerse, como es sabido, de los más variados subterfugios para acceder a la ciudad, donde no pudieron ver culminado su intento de homenajear al poeta, que terminó entre gritos, palos y más de un desmayo.

De aquel día guardamos fiel memoria quienes éramos entonces estudiantes en la Universidad granadina y decidimos asistir, animados por juvenil osadía, a aquellos que se auguraban prometedores actos. En el libro de A. Chicharro se recoge el abundante material bibliográfico a que aquella frustrada ocasión dio lugar. Desde un anónimo relato, aparecido en el periódico *Il Ponte* (Florencia, 3 de marzo de 1966) hasta los abundantes artículos reticentes de la prensa española del momento; por ejemplo, un editorial de *Pueblo*, de la misma fecha, hermanado con un curioso comentario de *España Republicana* (La Habana, 1 de mayo de 1966), texto éste que se acompaña de una extensa y minuciosa relación de los hechos acontecidos en Baeza, aunque con una comprensible —dadas las circunstancias— visión partidista, que le lleva a exagerar las cifras y a politizar los datos, de tal manera que se inscribe en la usual literatura panfletaria de entonces, capaz de unir el «Yankis no» con «Libertad y democracia para España». Se recoge, asimismo, un breve trabajo de C. Lizcano, «Negra fidelidad en Baeza», sobre el mismo tema (*Comunidad Ibérica*, número 21, 1966) y otros



textos de opinión contraria, como los editoriales de *La Estafeta Literaria* («Forasteros en Baeza, Baeza en las letras»), breves trabajos de Pedro Ortiz Armengol, Guillermo Díaz Plaja y un amplio etcétera que no podemos reseñar.

Creo que por primera vez están todos los materiales en pro y en contra de aquella ocasión, para cabalmente interpretar tan discutido episodio. El estudioso interesado o el curioso local tienen desde ahora reunidos todos los textos para leerlos tranquilamente desde la distancia y el sosiego.

No obstante, donde el libro alcanza su cima es en la aportación de los estudios de los años setenta, muchos de ellos publicados con motivo del centenario machadiano (1975). Se inicia la serie con el de Daniel Pineda Novo («A. Machado, exégeta del Guadalquivir») y sigue con otros muy variados de José María Moreiro, Chega Lechuga, Manrique de Lara, Alberto Sánchez, López Gorgé, Carlos Murciano, Juan Carlos Ortiz, Gallego Morell, etc.

Por supuesto, también se recoge cumplidamente la aportación de libros inexcusables en la bibliografía machadiana, que dedican capítulos más o menos amplios a la estancia y desarrollo literario de Machado en nuestra ciudad. Destacan, a mi juicio, los bien seleccionados fragmentos de Julio César Chaves, José Chamorro Lozano, el único autor que dedica una monografía a Machado en la provincia de Jaén, todavía vigente, y las brillantes páginas de Pérez Ferrero en sus tantas veces aprovechada y tan poco citada *Vida de Antonio Machado y Manuel*, que reprodujo parcialmente en artículo periodístico (*ABC*, 19 de febrero de 1966), justo un día antes del frustrado homenaje. También fue, según dice, «testigo ocular de la violencia empleada por la policía el 20 de febrero pasado» (*Loc. cit.*, pág. 91). Curiosamente revela un dato que no todos conocían: «El homenaje —dice— llevaba el título de “Paseos con Antonio Machado”. La comisión organizadora, algo compleja, estaba compuesta por el juez de Baeza y por escritores y artistas residentes en Madrid».

¿Quién era este «juez de Baeza»? Yo lo recuerdo personalmente como un señor alto, de sienes plateadas, buena presencia y escada y ponderada palabra. Pero lamento no recordar su nombre. No fue poco su valor para atreverse a encabezar una comisión de estas características en 1966, desempeñando un cargo público como el suyo y exponiéndose a un expediente disciplinario que muy bien pudo producirse.

Aunque el valor y aportación de estos estudios es muy variado, desta-

can, por una parte, los que inciden en las notas biográficas, que recuerdan los que hoy son ya lugares comunes en la biografía machadiana: paseos por las murallas, encina negra a medio camino de Úbeda a Baeza, tertulia en la rebotica de Almazán, las lecturas filosóficas, los recuerdos de Víctor Hugo, la amistad con las hijas del director don Leopoldo Urquía, las evocaciones del paisaje, etc.

Por otra parte, están los trabajos que inciden en lo que Baeza supuso para Machado como primer contacto serio con el medio rural, con la «España del cincel y de la maza», lo que aportó la ciudad a la reflexión machadiana para esa identificación cada día mayor con lo humano trascendente que corre pareja con sus apasionadas lecturas de Kant, Bergson o Platón.

De los trabajos de los años ochenta queremos citar al menos tres de los recogidos por A. Chicharro: el de Rafael Vañó («La encina negra de Machado, asesinada»), referido al episodio que todavía provoca la indignación de quienes vivimos en estas tierras, y los de dos grandes poetas: Pablo García Baena y José Luis Cano. El primero («Un amor en tres ciudades») habla de las tres mujeres de Machado: Leonor, la novia de Soria, que se desvanece como el flotante rayo de luna que es el amor, provocando la leyenda de los *Recuerdos de sueño, fiebre y duermevela*; el amor de Baeza, que no llega a identificar pero que se observa en esos «ojos incógnitos tras el entornado postigo» a que se refiere. Es un amor de artero ensueño, difuminado e indeciso, que borra los rasgos de una lejanía amada y fantasmal. Unos ojos, grises o glaucos, que el misterio de la reja en sombra deja sin nombre en el olvido. Por fin, el tercer amor es la Guiomar de sus versos, ya conocida y estudiada de sobra como la poetisa Pilar de Valderrama.

La amada baezana, que aquí se deja en la penumbra, pudo tener muy bien un nombre concreto, según pusimos de manifiesto hace años, llamada Francisca de la Poza, de la que no quedan en los versos de Machado más que referencias indiciarias. El libro de A. Chicharro recoge también el estudio de Manuel Cáceres y el fragmento de la novela de Salvador Gozález Anaya, *Nido real de gavilanes*, con el acertado título de *Antonio Machado y Baeza, personaje y espacio novelescos*. Se completa el trabajo con una selección bibliográfica y unas escogidas láminas donde aparecen gráficamente plasmados en oportuna conjunción los versos que el poeta dedica al paisaje rural o urbano de Baeza.

En conjunto, el estudio, que se edita bajo el rótulo: *Monográfica. Crítica literaria. Universidad de Granada*, parece una publicación señera, por cuanto viene a acercar y ponderar viejos y nuevos materiales, regalando al

lector interesado el amplio acervo documental que realza la relación e influencia mutuas de Machado y Baeza.

Como dice Antonio Chicharro, «toda la crítica es coyuntural, en un sentido noble de la palabra, esto es, una crítica que responde a un particular momento histórico, independientemente de la proyección que persiga». Su obra, así, nos parece acorde con el «deleitar aprovechando». Tiene un sentido de eficacia, pues viene a completar y sobredimensionar una faceta que de otra forma quedaría en penumbra: la evoación lírico-biográfica de A. Machado y Baeza, que se completa con la lectura propiamente crítica, es decir, conscientemente filológica e interpretativa, escrita sin la urgencia del momento. En ambas maneras abunda el libro que, en efecto, no pretende sino, «proceder a la reunión de materiales críticos que se extiende de 1919 a 1990, condición previa que no podemos ignorar si queremos posibilitar ese proceso de relectura».

Con este libro vemos colmadas ambas necesidades, y la bibliografía machadiana se enriquece, a la par que nuestra provincia y la ciudad de Baeza se alzan, como está sucediendo cada vez más frecuentemente, con el marchamo de la más rabiosa actualidad.